

INTERVENCION DEL PROFESOR

NIKLAS LUHMAN *

Señor Presidente, damas y caballeros, estoy muy consciente que el tema que nos reúne hoy dice relación con las fronteras cuestionadas y las solidaridades cambiantes. En relación a ello, la idea de hablar acerca de la sociedad mundial o de la globalización puede parecer algo abstracta y un poco estructural o conceptual. Sin embargo, antes de abordar algo que puede ser cuestionado o que cambia, debemos conocer el contexto en el cual se plantea el debate respecto de las fronteras cuestionadas o los cambios en las solidaridades.

Estimo que deberíamos preguntarnos si comenzamos con una sociedad regional, con un concepto que tiene más o menos como base al estado nacional -a pesar de sus problemas en nuestros días- y luego, hablar acerca de la globalización. Esta es la idea más común entre los sociólogos.

Si revisamos la literatura veremos que el término sociedad se usa en plural, es decir, se habla de "sociedades". Si la globalización es tan fuerte sería más adecuado denominar a "la" sociedad "una" sociedad mundial, es decir, un sistema único, y luego tratar de explicar las diferencias regionales, comenzando con esta sociedad mundial central, global y comprehensiva.

Ahora, el problema es que no tenemos una teoría o concepto que nos permita resolver este problema, de otra manera no sería un problema. Por ello me gustaría comenzar con una pregunta y dar una breve mirada histórica, semántica e ideológica a los últimos tres siglos para ver cómo la sociedad ha sido concebida. Al hacerlo, siempre tenemos en mente, por un lado, una diferencia o diferenciación y, por otro lado, el problema de cómo formular la unidad o, en otras palabras, cuál es la unidad de una sociedad diferenciada.

A través de toda la historia del pensamiento etno-sociológico, la estratificación, o la jerarquía, ha sido la principal idea respecto de la diferenciación, desde el antiguo y casi cosmológico o religioso concepto de la jerarquía, en el sentido original, hasta un sistema estratificado con estados y clases sociales. Aún en este siglo, normalmente pensamos a la sociedad como moldeada en diferentes formas por la existencia de estratos sociales, en primer lugar, y luego, por todo lo demás, incluyendo lo regional o segmentario o la función diferenciadora del rol profesional. Ahora, si tenemos esta idea de una sociedad estratificada, vemos cómo son las reacciones a esta sociedad idealmente estratificada o cómo concebimos la unidad si tenemos que tomar en cuenta este tipo de orden o el orden en valores y presti-

* Departamento de Sociología, Universidad de Bielefeld, Bielefeld, Alemania.

gio, y así sucesivamente.

Desde mediados del siglo XVII hasta mediados del XVIII, la idea principal era la felicidad, en el sentido de que todos podían ser felices si permanecían en su propio lugar; si cumplían con esta condición, si estaban satisfechos con su origen, entonces la sociedad podía multiplicar la felicidad. No sólo hay una distribución de la felicidad de acuerdo al estatus de la persona sino que existe en todas partes un tipo de felicidad que depende del propio estatus o de la propia posición. Este planteamiento se aplica desde Molière a Alexandre Pope y es la idea de que la naturaleza humana otorga la posibilidad de ser feliz si las personas se ajustan a las circunstancias, y entonces, puede haber diferenciaciones según el prestigio, la fortuna, el estado, el origen y, sobre todo, según los gustos. Es, al mismo tiempo, la idea de que la sociedad ofrece las mismas oportunidades de felicidad para todos, pero que los gustos pueden ser diferentes y solamente los estratos más altos tienen gustos refinados o mayor cultura.

Esta idea, aparentemente, se desdibujó durante la segunda mitad del siglo XVIII, posiblemente porque la agricultura se industrializó y comenzó a ser manejada con criterios económicos. Además, estalló la revolución industrial de manera que la felicidad para todos de acuerdo a su propia condición, no parecía una idea muy convincente. Entonces tenemos una segunda idea: la solidaridad. A grandes rasgos, desde Fouquet a Durkheim, la solidaridad ya no es algo natural: las personas no nacen con la idea de la solidaridad sino que ésta constituye algo que les ha sido enseñado, un imperativo moral para demandar solidaridad.

Esta fue, más o menos, la invención francesa. Hasta donde yo sé, el término surgió en el siglo XVIII pero su época fue el siglo XIX. En cambio, hoy en día, cuando escuchamos hablar de la solidaridad pensamos en un movimiento social en Polonia o bien en los recientes aumentos de impuestos en Alemania, o en los gastos públicos en las áreas rurales de México. La solidaridad aparentemente es un término eufemístico para designar algo que hay que demostrar que es bueno, de hecho, la idea de la unidad de la sociedad cambió nuevamente en el siglo XX y me parece que la idea de la "similitud en las condiciones de vida" o la "igualdad" ya era en esta época una idea política.

El sistema político, el Estado, el sistema político mundial, tienen que preocuparse por la similitud de las condiciones de vida y esta es la sociedad activa, la sociedad que cambia de curso, algo que se puede esperar de los movimientos en pro de la modernidad, de una mayor producción y mejor distribución, de mayor libertad, de más democracia; de tal manera que se tiene más para distribuir y existe alguna posibilidad de distribuirlo en forma más justa.

Pero si observamos esta tendencia a fines de siglo, vemos una sociedad sin felicidad, quizás sin gustos, una sociedad sin solidaridad y aparentemente sin igualdad en las condiciones de vida. En relación a esto ¿qué podemos hacer?, ¿sería

posible agregar un nuevo término a esta lista que se aleje más y más de la realidad, construyendo una ficción sobre la unidad de la sociedad?, ¿Podría ser la sociedad civil, no ya en el sentido tradicional sino en el nuevo sentido que no tiene conexión con lo tradicional? ¿O podría ser algo comunal?, ¿O podría ser la postmodernidad en el sentido de un elogio a la locura para ser consistente en la inconsistencia, o algo así? O el tratado de Erasmo en "El Elogio de la Locura" y, como ustedes recuerdan, la afirmación de que el elogio de la locura es una locura, entonces la afirmación final es ¡olvídelo!. Entonces, el problema es qué podemos hacer si queremos reconstruir la unidad de nuestra sociedad.

La idea de este trabajo es dejar de focalizar en la estratificación para focalizar en la diferenciación funcional, no en el sentido de que no existe una distribución desigual, no en el sentido de que existen personas o países pobres y ricos, no en el sentido de cuestionar todo tipo de estructura en la sociedad. La pregunta es cuál es el tipo primario de diferenciación en las sociedades modernas, cuál es la diferenciación que estructura nuestras sociedades de tal forma que la evolución depende de este tipo de diferenciación. Y pienso que la diferenciación de funciones podría ser la respuesta a esta pregunta y no ya la estratificación social, entendida como un subsistema de la sociedad.

¿Qué ganamos si cambiamos esta descripción estructural de la sociedad? Desde el punto de vista de nuestra preocupación ¿cuáles son los problemas de unidad, cuál es la unidad de esta sociedad?. Antes que nada, esto implica una distinción entre las sociedades regionales y la sociedad mundial. Si pensamos en la diferenciación funcional, digamos la economía, el sistema político, la ciencia, la religión, la familia, la educación, el derecho y así sucesivamente, entonces está claro de que no se trata de una distinción o diferenciación en relación a Argentina o Bulgaria o Alemania o Estados Unidos, en términos de las peculiaridades regionales. Se trata de una diferenciación en el sistema mundial, de tal forma que, por ejemplo, el sistema financiero internacional es el núcleo del sistema económico, independientemente que la producción se realice en Sao Paulo, o en Detroit o en Frankfurt o cualquier otro lugar.

Así, optamos por este esquema de diferenciación de la sociedad mundial en desmedro de las sociedades regionales o nacionales, aún dentro del escenario político; porque si miramos hoy en día este Estado ya no es más la unidad natural de una región sino que un mecanismo muy problemático para otorgar un orden político a determinados problemas regionales, para maximizar el consenso, para minimizar la violencia, para hacer frente a problemas específicos de algunas regiones, que se relacionan con problemas similares en otras. Por lo tanto, no tiene mucho sentido pensar en el Estado como una categoría originalmente de carácter regional, sino más bien en el sistema político mundial estructurado para mantener a las regiones en orden; ello no podría hacerse centralizadamente desde Nueva

York o desde Pekín, o desde Bonn o Berlín.

Si aceptamos lo anterior, el punto siguiente es cómo concebimos una diferenciación funcional o cuál es el problema con la diferenciación funcional. Si la construimos en términos de sistemas -y por supuesto esta es otra opción teórica que debemos considerar- observamos que los sistemas de funciones están altamente separados, son altamente autónomos y operacionalmente cerrados a su propia memoria o al tipo de funcionamiento, a su propia forma de construir el medio ambiente social y natural y no poseen un mecanismo coordinador central.

Entonces, el principal problema de esta sociedad es la relación entre indiferencia y despreocupación. Al sistema económico no le importa si las personas mueren de hambre si éstas no tienen dinero para adquirir alimentos y el sistema político se preocupa por las próximas elecciones siempre que éstas no sean en Alemania sino en Ruanda. ¿A quién le importa aquí en Alemania el resultado de las elecciones o el sistema legal o educacional? Incluso los medios de comunicación de masas se centran en los intereses locales y en menor grado en las noticias de otras partes del mundo. Esto es por supuesto diferente en Estados Unidos, por ejemplo, y en Suiza o Alemania.

Si abordamos el tema de la diferenciación funcional desde un punto de vista de los sistemas, no percibimos tanto las calamidades del antiguo orden -incluyendo la injusticia, la explotación y la supresión- pero sí percibimos algo cercano a la despreocupación. A esta sociedad no le importa si las personas viven en favelas; existen personas, iglesias o individuos comprometidos a quienes sí les importa, pero a la sociedad mundial simplemente no le importa. Luego, la despreocupación es un tipo de problema bastante diferente.

Luego tenemos el problema de la explotación. Actualmente, no existe nada que explotar en estas áreas. Las personas no están preparadas para trabajar físicamente, mentalmente, desde la educación, etc. Aparentemente, en el próximo siglo existirá una enorme masa de, digamos, cuerpos que tienen que sobrevivir de alguna manera por sí mismos y no tanto como parte o como un tipo de persona utilizado para un propósito dentro del sistema de funciones.

Por lo tanto, el problema no es ya la explotación o la supresión sino la despreocupación y, por supuesto que ya no es posible hacer una revolución: no existen metas ni objetivos, no existe el núcleo ni la jerarquía del sistema que se podrían eliminar para alcanzar una buena sociedad. Se trata más bien de hasta qué punto un sistema de funciones puede ser movilizado y puede usar su alto grado de flexibilidad estructural para ser menos indiferente o tener la capacidad de manejar más información acerca de su medio ambiente.

Ahora, si nos centramos en este problema, el próximo punto es ¿cuáles son las víctimas de la despreocupación o qué se encuentra de hecho descuidado en

nuestra sociedad? Un aspecto lo constituyen, por cierto, los problemas ecológicos; se trata de si el sistema político está atento a los problemas ecológicos, o si éstos constituyen un tópico más en la lista de la agenda política. Entonces, existe por supuesto, en este momento, el debate político de si la restricción y la restricción ecológicas sobre la producción constituyen un mecanismo más para erigir barreras en el comercio internacional e impedir el ingreso de bienes extranjeros a nuestro país en tanto no se ajustan a nuestras normas de producción ecológica o de uso ecológico de los objetos. Este es un problema político muy específico en el área internacional pero no tiene casi nada que ver con el problema químico o lo artificial, o lo que sea. Somos altamente selectivos y tenemos una cierta flexibilidad para ampliar o limitar nuestro campo de atención, pero quién define qué es importante o no siempre es el sistema político o el económico o educacional o los medios de comunicación de masas o el sistema legal u otros.

Ahora, paralelamente a esto, pienso que tenemos exactamente el mismo problema con los seres humanos, ellos pertenecen al medio ambiente. Este es un tópico controvertido, por supuesto, pero si se construye un sistema social desde un punto de vista operacional, las personas -en cuerpo y mente- son parte de la operación social. Así, si ellos son parte del medio ambiente tenemos que ver como hacer frente a la despreocupación de este medio ambiente, como aumentar la atención hacia los individuos y entonces tenemos que considerar, por supuesto, que son cinco o seis billones de personas: ¿cómo organizar la atención a los individuos si se los considera seriamente, como poseedores de sus propios cuerpos y sus propias mentes?

En este sentido, la principal distinción producida por la diferenciación funcional bien puede ser exclusión o inclusión. Se trata de exclusión cuando las personas son consideradas sólo como cuerpos. Si alguno de ustedes ha estado alguna vez en las favelas de las ciudades sudamericanas, se habrá dado cuenta que al interior de ellas se sienten inmediatamente como cuerpos, mira a su alrededor y ve otros cuerpos y se siente cálido en un tipo de organización corporal de contacto social. De tal manera que, por un lado, tenemos esta masa de cuerpos y algunos de ellos aparentemente son personas, direcciones en sistemas de comunicación, pueden tener carreras, pueden estar emparejados y, en fin, pueden tener buena o mala suerte, pueden llenar posiciones o no pero, de cualquier modo, son personas que tienen una dirección y un papel en la comunicación mientras que una gran parte de la sociedad humana de hecho vive como cuerpos. Ellos pueden personalizarse unos a otros aunque escasamente; lo que más caracteriza esta situación es la violencia, la sexualidad, etc.

Ahora, si este es nuestro problema, entonces es muy difícil pensar en la unidad de esta sociedad. Ya no es posible tener un sistema natural humano, un tipo de equipamiento por parte de la naturaleza de los seres humanos quienes exigen

Fronteras cuestionadas y solidaridades cambiantes

respeto y tienen derechos. Es muy difícil pensar en un sistema político que maneje este tipo de problemas. De hecho, la única posibilidad es ver como introducir la despreocupación dentro de un sistema despreocupado; esto es, cómo hacer a los sistemas conscientes de que dependen de la indiferencia, del no mirar, de no plantear problemas, a la vez que incorporar en un sistema la diferencia entre la preocupación y la no preocupación y entonces ver qué sucede. ¿Cuál es el grado de flexibilidad estructural para adaptarse a una conciencia más amplia y compleja del medio ambiente? Y esto es, por supuesto, en parte, una cuestión de organización y no tanto una cuestión de estos sistemas de funciones amplios.

Por lo tanto, si este es un problema tenemos que redefinir el concepto de racionalidad, no podrá ser una racionalidad que es razonable en el sentido de algún estándar de comprensión humana, no puede ser una racionalidad que es simplemente efectiva en términos de producción o eficiente en términos de las relaciones costo-beneficio, entre instrumentos y metas, pero podría ser una racionalidad que hace la exigencia imposible para integrar el medio ambiente en el sistema, para arrojarlo e integrarlo de nuevo. Y esto es claramente una noción paradójica de racionalidad.

Pero si volvemos a examinar la flexibilidad de las estructuras vemos que la flexibilidad de los programas políticos, la flexibilidad de la agenda y de los temas en los medios de comunicación de masas, la flexibilidad de los recursos monetarios, cambian de año en año. Tenemos una enorme cantidad de dinero cambiando de manos cada día y sólo dos, tres, cuatro personas son usadas para pagar las cuentas. Entonces, ¿qué hacemos con el resto? Tenemos, por supuesto, el derecho positivo, podemos cambiar las leyes, podemos incluso cambiar las constituciones. El grado de flexibilidad en los sistemas de funciones no es la norma de estos sistemas ni las condiciones históricas específicas disponibles en términos de memorias, de cultura, pero los sistemas de funciones constituyen el verdadero capital de nuestra sociedad y mi conclusión es que, si tenemos una sociedad funcionalmente diferenciada, deberíamos considerar los recursos de los sistemas de funciones y no tanto la unidad moral o política de la sociedad mundial. Gracias.